Andrés Cruz y Vera

155899

Sobre la civilización occidental

Pareciera como si el ser humano se destacara de entre todos los seres vivos por su capacidad de problematizar su existencia. Causaría más que unas pocas risas escépticas el afirmar que el león , o la cebra, pasaran la mitad del tiempo que nosotros pasamos meditando sobre cómo debiera ser el mundo. Esto nos hace intuir una característica esencial del hombre: como nos dice Peter Ludwig Berger[[1]](#footnote-1), en gran parte el hombre se define por su actividad constructora de mundos.

Siguiéndonos de lo que afirma Berger, el mundo en el que nos desenvolvemos todos los días no tiene mayor significación que aquella que le otorgamos en el proceso de crearlo. No existe una vara metafórica para medir (o juzgar, si se quiere) algún pedazo de nuestra realidad sin que la misma vara haya sido definida arbitrariamente por el hombre. Con lo que me aventuraría a decir, que cada persona elige la vara con la cual quiere juzgar su realidad.

Esto evidentemente implica un gran problema. No sólo es que debamos crear un mundo que contenga las menores contradicciones posibles; sino también, que se van a emitir juicios de valor sobre este mundo, sustentadas en cuantas varas se puedan concebir. A pesar de lo cual, no nos queda más que buscar lo más general en el gran conjunto de las opiniones que existen, pues el mundo no se va a detener porque no nos pongamos de acuerdo.

Un problema fundamental de la civilización es el que alude a la libertad del hombre. Este concepto abstracto ,que podríamos definir aproximadamente como la capacidad de autodeterminación, no sólo se debate en la mente de filósofos; es una constante en la dinámica social que existen elementos que nos “esclavizan”, en tanto que deciden qué y cómo somos.

En este sentido, es interesante lo que nos dice Gandhi sobre la civilización occidental contemporánea; a la cual caracteriza como aquella en la que los hombres son esclavos de la maquina y del dinero, cegados por esta circunstancia, no pueden menos que olvidarse de lo moral. A lo cual contrapone y define la felicidad como depender del justo empleo de las manos y los pies, esto en función de domar nuestros apetitos, los cuales de otro modo son insaciables.

Me parece innegable que la vida de todo hombre de esta época gira alrededor de la máquina (concepto en el que incluyo a la técnica) y el dinero: estos dos elementos determinan a qué le dedicamos nuestro tiempo y qué cosas consideramos de valor; pero, ¿No es acaso algo necesario que exista siempre un elemento que nos determine en este sentido? Si no somos esclavos de la máquina, somos esclavos de la falta de ella.

Precisamente la técnica surgió para moldear el entorno a nuestro antojo, en vez de que él nos moldeara a nosotros. Con esto no intento negar que la maquina también presuponga algún tipo de esclavitud, sólo que antes de ella también la hay. Más allá de esto, partiendo de una convicción personal, no creo que en ninguna época haya nacido un ser humano realmente libre; la libertad no es algo que se da de fuera, es algo que se obtiene por el esfuerzo propio y de una única forma, de la que hablaré más adelante.

Avanzando en el texto de *La civilización occidental y nuestra independencia* advertimos que Gandhi no habla de la falta de libertad como algo malo per se. El problema no radica si somos o no esclavos de algo, sino de qué. Deberíamos ser esclavos de la moral, afirma, en tanto que debería ser lo único que determinara nuestras acciones. Una idea que nos seduce con la promesa del bienestar, pues si todos fuéramos esclavos de la moral, no podría existir el mal en el mundo.

Ahora el problema se transforma. Parece como que se nos presenta la solución en la formula de ceder libertad en pos de la moral, con la cual se obtiene el bien. Sólo queda definir cuál es esa moral, entendida como una serie de reglas con la cual el único producto posible es lo bueno. En este texto Gandhi no se preocupa de enseñarnos el origen de su concepto de lo que *debe ser*; pero sí sobre nuestra instrucción en general.

Gandhi habla de la instrucción y lo primero que hace es situarla con respecto a la moral. La jerarquía va: moral , luego conocimiento. Arguye que la búsqueda del conocimiento no se diferencia de los demás apetitos, insaciables si no se les encadena. Por lo que a la gente no debería hacérsele hincapié en otro tipo de instrucción más que la relacionada a la ética. Incluso afirma que un campesino tiene más cuando, siendo analfabeta, puede identificar la forma de comportarse en sociedad que cuando con instrucción se cuestiona su suerte.

¿Qué podemos decir de esta moral de analfabeta? Aun cuando aceptemos que el campesino puede tener una intuición de lo que es bueno para él, de la cual deduzca una serie de reglas con las cuales guiarse ¿Podemos decir que éstas garantizan no crear mal en ningún escenario y en ningún contexto diferente? O digamos que no surgen de su intuición, las aprende aisladas de todo el demás conjunto de cultura accesible para el que sabe leer. Entonces tendría que confiar en que alguien más ya descubrió cual es la receta infalible para el bien y ya luego aprendería a recitarla.

No estoy en contra de que uno se entregue voluntariamente y se someta en pos de un bien mayor. Pero creo que la única forma en que uno debería permitirse tal lujo es desde una posición de libertad, sólo al tener la capacidad de autodeterminación sustentada en el conocimiento. Gandhi nos dice que a él no le ayudó en nada tener una formación universitaria para poder conocer lo moral, en mi opinión la formación universitaria[[2]](#footnote-2) es lo único que nos hace libres, que nos puede acercar a la verdad (en conjunto y sin menosprecio de la intuición y demás formas del conocimiento) y que nos puede alejar de los peligros de las verdades absolutas.

La idea de ceder libertad a favor del bien común, en su expresión más perfecta, creo que se ve representada en la novela *Un mundo feliz* de Aldous Huxley. En la lectura de ésta nos percatamos que los habitantes del mundo feliz utilizan la ciencia para definir una “moral perfecta”, cuya naturaleza misma nos causa recelo. La objeción que nos surge al toparnos con esta “moral perfecta” es, a mi parecer, precisamente el hecho de que no se cede la libertad conscientemente, sino que cada uno de los personajes de la novela es creado sin la capacidad de elegir si quiere ceder dicha libertad.

En una propuesta de sociedad en la que el conocimiento es algo superfluo y peligroso que hay que ejercer con cautela, no puede existir la libertad para someterse a una ley moral, se es adoctrinado y ya está.

En conclusión, debo decir que aunque en los casos simples parece que discernir el bien del mal es algo fácil, de lo que podría encargarse la intuición visceral, en el momento en que se tratan objetos de estudio más complejos, el separar el bien del mal no es un problema trivial. Más que esto, los principios en base a los cuales emitimos juicios de valor tienen una enorme fuerza para moldear el mundo, tanto al experimentarlo en comunidad como individualmente, por lo que no me imagino un problema más importante para cada ser humano que el de identificar cuales elegirá para regir su vida.

1. Berger, Peter Ludwig. *El dosel sagrado. Elementos para una sociología de la religión.* Buenos Aires, Editorial Amorrortu, 1969. [↑](#footnote-ref-1)
2. Entiéndase “formación universitaria” como el ejercicio de critica dentro de los diferentes ámbitos del saber, que llevan a un conocimiento de éstos, sin ser condición necesaria ir , de hecho, a una universidad. [↑](#footnote-ref-2)